

# DEL HÉROE AL MÁRTIR: dimensión de la libertad de morir<sup>1</sup>

Por ANTONIO MARÍA BAGGIO

En este "Focus" proponemos dos figuras de gran relieve: la de Oscar Arnulfo Romero y la del juez Rosario Livatino. Muchas cosas diferencian a estas dos personas: el primero, salvadoreño, obispo, es asesinado a la edad de 62 años; el segundo, italiano, laico, magistrado, es asesinado poco antes de cumplir 38. Pero muchas otras cosas los asemejan. Ambos son asesinados para poner fin a su acción: el obispo, por sicarios enviados probablemente por grupos de poder político-económico, mientras celebra misa; el juez, por mafiosos, mientras se dirige al trabajo. Para ambos, dos situaciones de normalidad cotidiana. Ninguno de los dos había buscado la celebridad o había declarado intenciones revolucionarias. Sencillamente se habían encontrado en situaciones de riesgo extremo durante el desarrollo de sus misiones ordinarias, en el ejercicio de su "profesión".

Su suerte común subraya cómo la palabra "profesión" hay que entenderla en la plenitud de sus significados, que acomunan la idea de *promesa*, de *declaración oficial*, de *ejercicio de un oficio*; es una palabra que muestra la misma raíz y dignidad de dos elecciones tan distintas: tanto la "prefessio" de Romero cuando fue ordenado sacerdote, como la de Livatino cuando fue nombrado juez, han exigido una fidelidad más fuerte que el apego a la vida.

Para ambos, católicos, está en curso la causa de beatificación porque la Iglesia considera que pueden existir los elementos para reconocer la santidad. Esto implica, como el proceso canónico debe verificar, el reconocimiento, en cada uno de ellos, de "virtudes heroicas". Significa que se establece una relación directa entre el heroísmo y la santidad, madurada, en estos casos, también con la disposición al martirio. Pero, ¿podemos hablar de Romero y de Livatino como de dos héroes?

Si miramos sus historias según una óptica que tiene en cuenta solamente los resultados materiales y medibles, son historias de derrotas; después de la muerte de Romero El Salvador se precipita en una guerra civil; después de la muerte de Livatino la mafia sigue con sus actividades. Ninguno de los dos podría ser considerado un héroe según una visión épica tradicional que ve en el héroe a una figura —generalmente de guerrero— que es sometido a una prueba, la supera y consigue la victoria; y no serían héroes tampoco para una cultura contemporánea muy difundida que divide al género humano en "vencedores" y "perdedores". Sea Romero que Livatino —así parece— han perdido todo.

Pero el cristianismo ha elaborado, a lo largo de los siglos, una interpretación distinta del heroísmo, tan alejada de aquellas que hemos descrito, que pone la palma de la victoria precisamente en aquella derrota definitiva e irremediable que es la muerte. El culmen del heroísmo se encuentra, según la doctrina cristiana, en el martirio.

El mártir (*mártys*, testigo) desde los primeros años del movimiento cristiano es aquel que da testimonio de la propia fe. La palabra evoluciona continuamente y llega a estabilizarse —en el sentido que todavía hoy le damos comúnmente— en tiempos del martirio de Policarpo de Esmirna, en el año 155: los mártires son aquellos que, a imitación de Cristo, dan la propia vida para testimoniar la verdad de la fe.

Partiendo de esta base, el concepto de mártir se profundizó mucho con el tiempo. Subrayaría dos direcciones en esta profundización: La primera se refiere a las nuevas formas que asumió el martirio bajo las persecuciones de los regímenes totalitarios, formas que lo alejan todavía más de la visión superficial del héroe. Karl Rahner da una descripción profunda y eficaz en un texto de 1957, en el que las referencias políticas son muy claras: "Pero, ¿el martirio del miedo y la debilidad,

de ser asesinados antes de la muerte, de ser cancelados y alienados mediante la diabólica finura inherente a la técnica actual del asesinato de la persona antes que el asesinato del cuerpo, no son quizás participación en la muerte de Cristo más que cualquier otro tipo de martirio aparentemente más heroico?".<sup>2</sup>

"Si delineamos la figura del mártir ateniéndonos a Cristo —prosigue Rahner—, el mártir de hoy, ¿no se asemeja quizás más al Señor que uno de los tiempos pasados? El mártir que yace en el suelo y es destrozado por la propia debilidad mortal; el mártir que se encuentra abandonado por Dios; el mártir que, casi indistinguible, es ahorcado entre verdaderos delincuentes; el mártir que es casi convencido de no serlo; el mártir que no puede y sin embargo cumple aquello por lo que no encuentra ninguna fuerza en sí mismo; el mártir que quizás por toda una vida es *ad metalla damnatus*, y así condenado, muere aparentemente de una simple muerte burguesa, cuando hoy en día tales *metallano* son más necesariamente un lugar distinto, sino que la cárcel puede identificarse de forma absoluta con el país de la tiranía atea".<sup>4</sup>

Se trata de un martirio en lo cotidiano que se diferencia de los cánones tradicionales porque no se expresa en un único acto y, a menudo, no da lugar a un testimonio público. Este se caracteriza, en particular, por el compartir el abandono y la aniquilación que Cristo mismo vivió. Estas formas de tortura que contienen aspectos de martirio, se pueden realizar también fuera de los regímenes totalitarios, en circunstancias particulares de injusticia, violencia física o psicológica, miseria.

Una segunda dirección en la profundización de la realidad del martirio es indicada por el mismo Rahner, en una definición que hace explícita la referencia a los contenidos *también morales* de la fe. El martirio es la "libre aceptación, en la paciencia y soportación, de la muerte por la fe (incluida la doctrina moral que le está unida) en su totalidad o en relación a alguna de las doctrinas, vistas siempre de todas formas en el conjunto de la fe".<sup>5</sup> Por lo tanto, puede ser mártir también el que da la vida en la búsqueda, en la defensa o en el testimonio de valores éticos o de derechos humanos, entendidos —como especifica Rahner— en la dimensión de la fe.

Esta perspectiva, explicitada solo en tiempos recientes, es sin embargo un patrimonio tradicional de la cultura cristiana. Ciertamente era ya clara en Tomás de Aquino que dice lo que Agustín escribió en su *Carta a Dulcitus*: "No es la pena lo que hace al mártir, sino la causa". Y sigue: "Y sufre por Cristo no solo quien sufre por la fe en Cristo, sino también quien sufre por cualquier obra de justicia por amor de Cristo. Mt 5, 10 dice: Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia".<sup>6</sup>

Se abre así el camino para considerar como martirio también la "professio" de monseñor Romero, asesinado por defender a las personas y los derechos de su pueblo, y la de Rosario Livatino, precisamente por ser operador de justicia. Es la perspectiva que madura en el Concilio Vaticano II, como lo explica Rino Fisichella, sobre todo en referencia a la *Lumen Gentium*, n° 42, donde el martirio es designado como "máximo testimonio de amor": "Por lo tanto es posible pensar que (...) el Vaticano II abra el camino para una interpretación nueva y más globalizante del testimonio del mártir, considerando las nuevas formas de martirio a las que se asiste hoy por el cambio de los acontecimientos. Por lo tanto es lícito pensar que con el Concilio se llegue a identificar el martirio con la forma del dono de la vida por amor (...) martirio como signo del amor que se abre hasta llegar a ser total donación de sí".<sup>7</sup>

Hoy, por lo tanto, podemos mirar el martirio –y sobre todo por las experiencias de martirio que se producen y se renuevan en las sociedades contemporáneas- viendo la relación que este tiene no solo con la dimensión eclesial, sino también con la social, económica, política de la fe. Y es sobre todos estos aspectos que la acción del mártir reluce sus características y sus consecuencias. Tratemos de enumerar los elementos:

**El martirio es ante todo testimonio**, o sea, afirmación de la verdad de los contenidos de la fe a través de un acto definitivo de coherencia entre lo que se cree y las acciones que comporta, entre los principios y los comportamientos. Tales contenidos se pueden referir, sea a la fe en su conjunto (cuando se es perseguido y asesinado porque se es creyente), sea a contenidos específicos de esta, en particular lo que Tomás llama: “cualquier obra de la justicia”.

**El martirio es libertad**: o sea, aceptación libre de la prueba y de la muerte. Tal aceptación puede ser actual, o sea, puede consistir en la posibilidad de salvar la vida a través de la negación de la fe: o también es la libertad original, aquella que se realizó en la elección a la que hemos sido fieles hasta el final que, en el presente, es inevitable.

**El martirio comporta la inocencia**: la muerte no se recibe por una culpa personal, sino por lo que el mártir representa o por el bien que hace.

**El martirio es conciencia**: el mártir sabe que su decisión y su comportamiento pueden incluir el riesgo mortal.

**El martirio es denuncia**: porque pone en evidencia la violación del principio o del valor que él testimonia.

**El martirio es profecía**: el mártir es tal porque habla con las palabras de Aquel que lo ha enviado y, a través de la muerte, realiza el anuncio eficaz; el hombre de ley que es condenado a muerte, proclama, con esto, la verdad de la ley que está sirviendo; en general, el mártir anuncia y prefigura el mundo bueno, la situación futura que se obtendrá con la realización de la verdad que él custodia.

**El martirio es representación**: porque el mártir sufre por razones que otros también comparten o por problemas que involucran también una comunidad amplia. En este sentido el mártir es una *figura sacrificial*, que se inmola “por”, “en lugar de”.

**El martirio comunica o confirma un conocimiento** a través del sacrificio; o también lo hace explícito u objetivo. La acción del mártir puede abrir un horizonte desconocido para aquellos que asisten, pone en evidencia para todos lo que antes el mártir custodiaba en sí y que ya era claro para él.

Como consecuencia, **el martirio crea una mentalidad nueva**: comunica un significado que ahora puede ser acogido, generando consenso alrededor de lo que el mártir testimonia.

**El martirio actualiza y hace eficaz el motivo por el que se muere**: si la verdad testimoniada por el mártir es tal que causa la muerte, entonces quiere decir que hay quien la teme y el martirio aumenta su fuerza.

**El martirio es un multiplicador vocacional**: ante el testimonio del mártir, otros pueden sentirse llamados a dar el mismo testimonio.

En efecto, cada uno de estos elementos del martirio puede ser vivido, en cierto sentido, no solo en el acto definitivo de dar la vida, sino también en lo cotidiano, en lo que podríamos considerar como el camino vital de un testimonio dado momento por momento; este testimonio puede concluirse también no con una muerte que será el martirio propiamente dicho, sino que será vivido como el acto final de donación de sí, que completa y perfecciona todos los actos que lo han precedido.

En conclusión: parece que en el caso de los mártires, entra en juego, en su nivel más alto, lo que los escolásticos llamaban *sindéresis*: esta se puede comparar, como la describe san Jerónimo, a una “chispa de la conciencia” que nos permite darnos cuenta, a pesar del torbellino de la acción o en la confusión de la misma razón que estamos haciendo el mal. “Sindéresis” del griego *syntéresis*, significa literalmente “conservación”; es un vocablo que tiene una larga tradición, estando

ya presente en los estoicos griegos y latinos; los escolásticos, que lo usan comúnmente siguiendo a Jerónimo, ven en ella una especie de “facultad” interior que permite la propia conservación, la fidelidad a sí mismos, a la propia naturaleza.<sup>8</sup>

La sindéresis, por lo tanto, me advierte cuando me estoy perdiendo, cuando estoy por hacer algo que “no va conmigo”, no es verdaderamente expresión de aquello que, en lo profundo, soy yo. Es una capacidad de conservación que crece a medida que la persona aprende a hacer el bien que le es propio; y si conecta cada vez más a la “voz interior” que guía la conciencia. Por lo tanto, la sindéresis no actúa solo como una “alarma”, sino que tiene también un aspecto constructivo: de hecho, se podría entender como la capacidad de “custodiar”, de preservar un tesoro que, en este caso, es el tesoro interior de nuestro verdadero yo, es custodia de nuestro ser.

*Syntéreo*, por ejemplo, es el verbo usado por el evangelista Lucas cuando describe la reflexión de María sobre los signos y las cosas –difíciles de interpretar- que se referían a su hijo: “*Conservaba estas palabras, meditándolas en su corazón*” (Lc 2,19). La sindéresis se muestra, entonces, como la capacidad de custodiar el misterio interior de la persona que, con el transcurrir de la vida, manifiesta poco a poco su sentido, revelando la persona a sí misma. O sea, la sindéresis favorece el desarrollo de una vida interior en la que la persona puede descubrir los significados más profundos y personales de lo que sucede dentro y fuera de ella. Los acontecimientos dejan de ser casuales o imprevisibles, para adquirir poco a poco un significado interior, que puede alejarse de los significados que los demás dan a los mismos hechos.

Los mártires hacen explícita esta situación, viviéndola aparentemente de forma paradójica: la fidelidad a la fe, a una elección, a una idea, los impulsa a afrontar la muerte, incluso cuando podrán evitarla, precisamente para no perderse a sí mismos, para no traicionar su propio significado más profundo. Para el mártir, morir es conservarse; salvar la propia vida, en cambio, es perderse.

Para el mártir las formas exteriores del heroísmo no significan nada; si llega hasta el martirio, significa que su vida interior es tal que pueden darse significados propios a los acontecimientos. Es lo que Sócrates llegó a descubrir durante el proceso que lo había de llevar a la muerte: los acusadores creían que él respondía a sus acusaciones, mientras que en realidad Sócrates hablaba con Dios dentro de sí. El proceso le sirve para llegar a constatar que Dios aprueba su obrar. Mientras más Sócrates se aleja, con su comportamiento de desafío a los jueces, de la absolución, más él advierte la unión interior con Dios, o sea, la verdadera conservación de sí. Es por esto que puede despedirse de sus conciudadanos de Atenas de esta forma: “Pero ha llegado ya la hora de irse: yo a morir, ustedes, en cambio, a vivir. Pero quién de nosotros vaya hacia lo que es mejor, es oscuro para todos, excepto para Dios”.<sup>9</sup>

#### Referencias:

- 1- Artículo de la revista *Nuova Umanità*, n° 200, marzo-abril 2012.
- 2-Karl Rahner, *Digressione sul martirio*, in Idem, *Sulla teologia della morte*, Morcelliana, Brescia 2008, pp. 106.
- 3-“Ad metalla”: fórmula de la Antigua Roma que indicaba la condena definitiva a trabajos forzados.
- 4-Ivi, pp. 106-107.
- 5-Karl Rahner, *Martirio*, in *Sacramentum mundi*. *Enciclopedia teologica*, V, Morcelliana, Brescia 1976, col. 83.
- 6-Tommaso d'Aquino, *Commento alla Lettera ai Romani*, in *Commento al Corpus paulinum (Expositio et lectura super epistolas Pauli Apostoli)*, Vol. 1. *Lettera ai Romani*, Edizioni Studio Domenicano, Bologna 2005, pp. 584-585.
- 7-Rino Fisichella, *Martirio*, in R. Latourelle, R. Fisichella, *Dizionario di teologia fondamentale*, Cittadella, Assisi 1990, p. 678.
- 8-Este aspecto de la sindéresis es tratado por Joseph de Finance, en *Etica generale*, Tipografica Meridionale, Cassano Murge (Bari) 1991, p. 356.
- 9-Platone, *Apologia di Socrate*, 42a.